

XXVIII
SITIO DE PUEBLA
MANZANA SANCHEZ ROMAN--
SANTA INES
DEL 19 AL 25 DE ABRIL DE 1863

En la tarde del día 19 de Abril, hallándome de visita en la manzana que mandaba el Coronel Sánchez Román, contigua a mi línea, fué aquella atacada vigorosamente, procediendo al asalto un cañoneo en brecha que descubrió el muro de una zahurda que la limitaba con la calle. La trinchera de esa manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al Occidente y la mitad del que ve al Sur, y se había destruído toda la construcción interior que quedaba fuera del glamís, para dar campo de tiro a la trinchera, quedando solamente como cortina o máscara de la fortificación, las tapias y algunos cuantos exteriores que daban a la calle.

Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de rifleros armados de revólvers, oculto en aquella zahurda, que era de las pocas piezas que quedaron sin derribar, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía venir, y fuí personalmente, pasando el foso por una viga a establecer el destacamento, a la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad de la misma calle sin abrir brecha y habiendo forzado una puerta por medio de un petardo. Cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro

de nuestras trincheras, y habían hecho prisionero al destacamento que yo había colocado en la brecha, menos a dos o tres soldados, que como yo pudieron escalar las azoteas y caer a otras casas que aún estaban ocupadas por fuerzas mexicanas y al salir de allí a la calle donde hicimos una suprema defensa que impidió el paso de los zuavos más allá de la manzana ocupada por Sánchez Román, a la que llamábamos la manzana del Mesón de la Reja.

Tuve la desgracia de presenciar y hasta de ser autor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran a mis órdenes ni fueran de las educadas por mí, solamente porque me dió pena retirarme de la manzana en los momentos en que ella sufría un ataque.

Vino después, el 25 de Abril de 1863, el ataque al fuerte de Santa Inés que mandaba el General Don Miguel Auza y fué de los más reñidos y notables, y en el cual fué rechazado el enemigo dejando más de cien muertos en los parapetos y dentro de las obras de defensa y muchos prisioneros, entre los cuales había varios oficiales, lo mismo que entre los muertos.

El ataque de Santa Inés procedió de la manzana del Mesón de la Reja que pocos días antes le habían quitado los franceses al batallón Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín que hace frente por su costado Sur a la del Mesón de la Reja, no es de altos, sino que se limita con la calle por a barda de la huerta: pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería procedentes de los balcones del Mesón de la Reja.

Durante el ataque a Santa Inés, los fuegos tanto de mi trinchera que estaba en la calle con frente para donde debían pasar las columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas columnas, pero no me parecieron suficientes; y en los momentos en que el ataque era más reñido, saqué por una de las puertas que daban a las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones de infantes que llegaron hasta la esquina bajo los fuegos que nos hacía el enemigo, y mis pelotones de los balcones de enfrente hacían los suyos muy eficaces sobre las columnas de asalto, cooperando así, casi decisivamente a cortar la columna y que los asaltantes que habían penetrado al Convento de Santa Inés no fueran apoyados por el resto de la columna, que se vió obligada a retroceder. En este ataque se distinguió

mucho el Capitán Don Timoteo Rincón que sucumbió en él con otros muchos.

Esa salida por las azoteas, en las que llevé pelotones de sargentos y cabos escogidos y los soldados más valientes, me fué muy costosa, porque los fuegos de los balcones de enfrente eran muy certeros y porque nuestros soldados no los podían contestar por ocuparse de la columna que asaltaba por la calle, al Convento de Santa Inés.

Al día siguiente el General González Ortega dió algunos ascensos a los oficiales que habían tomado parte en ese combate, y me mandó a mí el de General efectivo de brigada, cuyo nombramiento fué confirmado en seguida por el Gobierno Federal.

Consigno en seguida la relación que hace el Capitán Niox en su libro citado, del asalto y rechazada de los franceses en el convento de Santa Inés. (págs. 260 y 271).

“Ataque del Convento de Santa Inés — A ese fin se dirigían sus esfuerzos (del General Bazaine) al dar sus órdenes para preparar el ataque del Convento de Santa Inés (manzana núm. 52), y uno de los puntos más fuertes de la nueva línea de defensa del enemigo. Dicha línea estaba entonces trazada por las manzanas números 34, 33, 32, 51, 52 y 53. La número 32 era la del gran edificio de San Agustín, cuyos fuegos cruzados con los de Santa Inés habían sido hasta entonces tan molestos.

La artillería estableció baterías de sitio en la manzana número 30, situada enfrente de Santa Inés, y el cuerpo de Ingenieros sus barrenos de mina. El ataque comenzó el 25 de Abril en la mañana: la explosión de las minas destruyó una parte del muro exterior y otras partes exteriores del convento, y las baterías completaron la obra de destrucción, y entonces fué cuando pudieron ser palpadas las inauditas dificultades que el ataque presentaba. Detrás del muro destruido, existía una macisa reja de hierro que las balas de cañón no podían destruir, y cuatro trincheras colocadas, una tras de otra, de las cuales las dos últimas, con escarpas de piedras, habían sido construídas con los escombros de construcciones cercanas. Los aproches se hallaban provistos de estacadas paredes de lazos de cuero, unidos entre sí por medio de estacas; tras del último parapeto se alzaban los edificios del convento de Santa Inés, con sus muros almenados y cuyas ventanas y azoteas estaban cubiertas por tiradores. Una ala de ese edificio, sobre la cual se hallaba colocada una pieza de artillería, blanqueaba a las trincheras. A las seis y media los cañones de sitio rompieron sus fuegos tratando

de destruir las trincheras, destrozando la reja y las obras de mampos. El fuego se prolongó durante tres horas, a pesar de lo que sufrían los artilleros con la proximidad de los tiradores del enemigo. A las nueve y media recibió el General Castagny la orden de emprender el asalto.

Se dió la señal: las ocho piezas de sitio hicieron descarga de metralla, y las columnas se lanzaron. La de la derecha, compuesta de cuatro compañías del tercer batallón del 1o. de Zuavos mandadas por el Comandante Melot: la de la izquierda, de cuatro compañías del propio batallón conducidas por el Capitán Devaux. El enemigo había debilitado su fuego, pero, apenas las compañías empezaron a desembocar, cuando las murallas, las ventanas y las azoteas (1) se llenaron de tiradores. Más de 2,000 mexicanos concentraron sus tiros sobre el estrecho espacio en que se atumultaban los asaltantes, y cuyo trayecto ofrecía enormes dificultades, a causa de los escombros de los muros destrozados y de los obstáculos en él acumulados. Los Zuavos avanzaron bajo una granizada de balas, la columna de la derecha llega hasta la reja, la de la izquierda la rebasa, y llega hasta los edificios del convento, pero en ese momento el fuego del enemigo se aviva. Las columnas se detienen como anonadadas: el ataque no puede ser continuado, sin enormes e inútiles sacrificios: se da pues la orden de batirse en retirada, pero muy corto fué el número de esos valientes soldados que llegar pudieron a sus líneas. Ese terrible asalto había costado en la columna de la izquierda, sobre diez oficiales, nueve muertos o desaparecidos, y en la de la derecha, un oficial muerto, dos desaparecidos y cinco heridos: soldados, 27 muertos, 127 heridos y 176 desaparecidos. Más tarde se supo que de éstos últimos 130, entre los cuales iban siete oficiales habían caído prisioneros. El enemigo hizo honor a su valor y los trató con consideraciones. “Estos hombres habían peleado como leones” decía el General Ortega en su parte.

(1) Estas azoteas son las de la manzana de San Agustín que estaba en mi línea y donde llevé mis infantes para cortar la columna enemiga con fuegos muy cercanos.

XXIX
BATALLA DE SAN LORENZO
8 DE MAYO DE 1862

En la noche del día 7 de Mayo, al hacer mi vigilancia de la línea del enemigo desde las alturas de San Agustín, noté algún movimiento en sus tropas que me hizo sospechar que volvería yo a ser atacado en esa misma noche. Observando cuanto me era posible en los intervalos de los fuegos de artillería que el enemigo hacía desde sus baterías de San Javier probablemente para que sus movimientos no fueran advertidos, comprendí que se trataba o de un relevo de las tropas que cubrían la línea o de organizar columnas para un asalto, pues el ruido de armas, rumor de voces humanas y tóses que se repiten tanto cuando se mueve la tropa a las horas en que duerme, lo demostraba muy claramente. Di aviso en el acto al Cuartel General y a los jefes de las líneas vecinas a mi derecha y a mi izquierda, y puse a mis tropas en actitud de resistir un ataque. Momentos después el látigo de los trenistas, el rumor de la rodada y de la marcha de los soldados, me hicieron comprender claramente que de las tropas del enemigo abrigadas detrás del edificio de San Javier, estaba saliendo una columna que se dirigía sin duda, a los campamentos del Ejército del Centro que había sido organizado desde el 30 de Octubre de 1862 a las órdenes del General Don Ignacio Comonfort, con objeto de auxiliar a Puebla. Puse este hecho en conocimiento del Cuartel General quien mandó oficiales de su Estado Mayor y del Cuartel Maestro para ratificar mis noticias. Esos oficiales rindieron sus informes que coincidieron con los

míos, y sin embargo, sólo se dispuso al día siguiente, que las columnas de reserva estuvieran en actitud de recibir desde-
nes.

Luego que amaneció el día 8 de Mayo hice yo algunos ataques de iniciativa sobre la línea del enemigo que estaba a mi frente, sin ningún resultado de importancia; y pude averiguar que estaba cubierta por tropas de línea que en la noche habían venido a relevar a los batallones de zuavos que antes la cubrían. Al día siguiente 9 de Mayo quedaron ratificadas todas mis presunciones, porque se dirigió a la plaza un porta-pliegos del General Forey, con bandera blanca y tocando parlamento quien fué conducido con las precauciones de estilo hasta el Cuartel General. En los pliegos de que aquel era conductor, avisaba el General Forey que había alcanzado una victoria sobre el Ejército del Centro que le permitía ofrecer al General González Ortega el canje de todos los prisioneros franceses, por un número equivalente, y equivalencia también de categorías, que podría dar de los prisioneros que había hecho en dicha victoria el día anterior. Y se hizo en efecto el canje de todos los prisioneros del enemigo, así los sanos como los heridos, quedando después de esto terminado el armisticio.

El 4 de Mayo había celebrado el General González Ortega un convenio con el General Forey para el canje de los prisioneros que ambos se habían hecho, y ese convenio se aplicó a los que el ejército francés hizo al General Comonfort en la batalla de San Lorenzo.

XXX
RENDICION DE PUEBLA
DEL 10 AL 13 DE MAYO DE 1863

Siguieron las operaciones del sitio hasta el día 13 de Mayo de 1863, tres días antes de la rendición de la plaza, en que el General en Jefe citó a una junta de Generales para consultar su opinión sobre el partido que debía adoptarse, supuesta la situación de la plaza que era bien conocida de todos, por la absoluta escasez de provisiones de boca y de municiones para sostener la guerra.

Después de informar a la junta sobre la existencia de municiones, el Proveedor general y el Comandante General de Artillería, y después de retirarse el primero, opinó la mayoría de los Generales presentes, que precediendo algunos ataques simulados se hiciera un esfuerzo supremo por el rumbo opuesto para romper la línea sitiadora y utilizar parte del personal y materiales de guerra. Con este objeto se ordenó al Comandante General de Artillería que deshiciera algunos cartuchos de cañón, y elaborara hasta donde fuera posible, municiones para armas portátiles, que eran las más escasas.

Como el enemigo redoblabá sus esfuerzos, al día siguiente manifestó el Comandante General de Artillería que en la misma noche y durante nuestra conferencia se había consumido la mayor parte de municiones de artillería que quedaban, porque era indispensable contestar el vivo cañoneo que a varios fuertes de nuestra línea de defensa hacía el enemigo; y que los jefes de dichos fuertes habían estado pidiendo du-

rante la noche, gran cantidad de municiones antes que sus órdenes pudieran llegar al almacén. De suerte que cuando se daba este parte, ya no quedaban ni municiones de artillería. Entonces dispuso el General en Jefe que se rompieran todas las armas portátiles lo mismo que la artillería; y mandó al General Mendoza, Cuartel Maestro del Cuerpo de Ejército, a avisar al General Forey que la plaza estaba a su disposición y que todos estábamos desarmados y constituídos sus prisioneros incondicionalmente, lo cual verificó el 17 de Mayo de 1863.

Una vez prisioneros, se presentó el General Forey el día 18 de Mayo de 1863, segundo de nuestra prisión, con una carta redactada por él en francés con la pretensión de que la firmaran los Generales, Jefes y oficiales del Ejército, en la que se intentaba comprometernos, bajo nuestra palabra de honor, a permanecer neutrales en los lugares que se nos designaran hasta el fin de la guerra.

Muy pocos entre los subalternos firmaron esa acta, y los Generales suscribimos una manifestación en la que expresamos que las leyes de nuestro país y nuestras convicciones personales no nos permitían contraer ningún compromiso con el invasor. Al fin de este capítulo insertó el acta y la nota con la que la suscribimos.

En consecuencia de nuestra negativa a firmar el acta citada, se dispuso enviar confinados a Francia a todos los recalci-trantes. Los prisioneros estábamos separados en distintas prisiones, en una Generales de División, de Brigada efectivos y graduados; en otra los jefes de Coronel a Comandante y en otras los subalternos de capitán a subteniente. Los soldados habían sido divididos también en tres o cuatro prisiones distintas. A los Generales nos tocó por prisión, la casa propiedad de General Mendoza, que estaba en la calle de Herreros.

Los documentos a que me refiero son los siguientes:

Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor General.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra PALABRA DE HONOR, a no salir de los límites de la residencia que se nos asigne, a no mezclarnos en nada por escrito o por actos, ya en la guerra o en la política, por todo el tiempo que permanecemos prisioneros de guerra, y a no mantener corresponden-

cia con nuestras familias y amigos sin el consentimiento de la autoridad francesa.

Cerro de San Juan, a 18 de Mayo de 1863 "

"Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—Prisioneros de guerra. Los Generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al Ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del Cuartel General del Ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—Jesús G. Ortega, Francisco Paz, Felipe B. Berriozábal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio Huerta, Ignacio Mejía, José M. Mora, Pedro Hinojosa, José María Patón, Joaquín Colombres, Domingo Gayosso, Antonio Osorio, Eutimio Pinzón, Francisco de Lamadrid, Porfirio Díaz, Luciano Prieto, J. B. Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Roseco, Manuel G. Cosío, Miguel Auza, Jesús Loera".

Nota:

En este memorable sitio que con justicia causó la admiración del mundo entero al grado de que años después al formular la requisitoria en contra del Mariscal Bazaine acusado de traición por la entrega de la plaza de Metz durante la guerra franco-prusiana en 1870-71, el acusador lo increpó diciéndole: que habiendo atacado la plaza de Puebla en 1863 no pudo aprender del General González Ortega cómo se debía defender una plaza sitiada, dignos son de alabanza todos los jefes, oficiales y tropa que en número de doce mil hombres defendieron esa plaza contra cuarenta mil sitiadores del primer ejército del mundo en esa época, y sobre todo debe encomiarse el valor, la decisión y la tenacidad del General Don Jesús González Ortega, que en este memorable hecho de armas, el más importante de la campaña contra los franceses, logró evitar el desastre del Cerro del Borrego. Para realzar todo el gran mérito de dicho general, inserto a continuación las siguientes cartas tomadas del Archivo de mi propiedad,

G. V. R.

"Zaragoza, marzo 18 de 1863]

Señor General Don Ignacio Comonfort.

Querido amigo y compañero;

El enemigo en su mayor parte, e así en su totalidad, ha levantado el campo que tenía ayer establecido. Desde las primeras luces de la mañana de hoy comenzó a moverse como si tuviera la intención de circumbalar esta plaza; este movimiento ha durado toda la mañana y la tarde y su resultado es que por el rumbo de Amalucan queda poca fuerza y que el mayor número se encuentra por el Cerro de San Juan y en San Bartolo, habiendo desfilado sus columnas de las tres armas por nuestra derecha e izquierda. Esos movimientos que hemos presenciado, las noticias que después de oscurecer me han traído mis exploradores y la declaración de tres prisioneros que hizo la Brigada de Caballería de Zacatecas perteneciente a las fuerzas que están ahora en San Bartolo y que estuvieron antes en Teotimehuacán, asegurando que aquéllas tienen que pasar hasta Cholula, me indican con claridad que el enemigo se propone atacar la plaza por el rumbo referido de San Juan o marchar sobre ella y tal vez sobre México, o situarse por algún tiempo entre aquella capital y esta ciudad. Espero nuevos avisos de mis exploradores, y se los transmitiré a usted si bien creo que usted estará más al tanto de lo que ocurre sobre este particular supuesta la dirección que ha tomado el enemigo.

Suplico a usted transcriba por el telégrafo este largo párrafo al señor Ministro de la Guerra, y que por el mismo conducto le manifieste a dicho señor que recibí las libranzas por valor de ocho mil setecientos cincuenta pesos (\$8,750) y le recomiendo dos negocios que me interesan mucho y son los siguientes: que se sirva mandar entregar a don Mucio Hernández, residente en México, tres mil seiscientos pesos (\$3,600), valor de doscientos barriles de aguardiente que acabo de comprar al señor Oropeza de este comercio; en el concepto de que el recibo que extiende el señor Hernández debe ser en favor de la Comisaría General del Ejército de Oriente, en cuya oficina debe quedar ese documento.

El segundo negocio se reduce a que el mismo señor Ministro de la Guerra me mande pronto y de cualquier modo el dinero que ha dejado a mis órdenes el señor Ministro de Hacienda, pues necesito de él urgentemente por la posición en que me hallo colocado en estos momentos y en la que me va

a colocar el enemigo supuesto el rumbo en que se ha situado. Sin más por ahora que comunicar a usted y con qué molestarlo, me repito su amigo, compañero y servidor que lo aprecia.—J. G. Ortega.”

“Zaragoza, marzo 19 de 1863.
Señor General Ignacio Comonfort.

Texmelucan,

Muy estimado amigo y compañero:

El enemigo ha continuado aglomerando sus fuerzas en el Cerro de San Juan, en donde enarbó su pabellón a la una y media de la tarde de hoy.

En Amalucan permanece aún el campamento francés, pero entiendo que ha quedado reducido a una fuerza poco numerosa. En la tarde se movió de San Bartolo la que ocupaba este punto, regresó luego a él y parece que al terminar la luz lo ha dejado definitivamente, avanzando también para San Juan o para el Puente de Cholula.

En todos los movimientos que ejecuta el enemigo procura hacer desfilar sus tropas en hileras o en un orden de formación tal que los que observen los mismos movimientos, puedan comprender que la fuerza es numerosísima, ostentando así un poder que en realidad no tiene.

De todo lo que he visto hoy, pues he estado observando durante todo el día las operaciones referidas, así como de las noticias que me han comunicado mis exploradores, infiero que se propone el general francés, tal vez mañana, dar el ataque a la plaza desplegando sus fuerzas y sus columnas por los fuertes de San Juan, Santa Anita, el Parral y el Carmen.

Al comunicar a usted lo expuesto, como se lo suplico, al señor Ministro de la Guerra, sírvase también manifestarle que la plaza guarda muy buen estado, que por cualquiera parte donde se emprenda el ataque, será rechazado con vigor y que la presencia de los soldados franceses a la vista de los nuestros, lejos de acobardar a los últimos, ha aumentado notablemente su entusiasmo; que estoy por lo mismo contento y bien preparado para la defensa.

Ayer dije a usted en mi carta que la Brigada de Caballería de Zacatecas hizo tres prisioneros, y omití por un olvido que la fuerza del General Carbajal hizo varios muertos al enemigo: al reconocerlos, pues quedaron tendidos en el campo,

se ha advertido que aunque usaban el traje de zuavos, eran de los traidores.

Consérvese usted bueno y disponga de su afectísimo compañero, amigo y servidor.—J. G. Ortega.”

“Zaragoza, marzo 30 de 1863.

Señor General Don Ignacio Comonfort.

Mi querido amigo y compañero:

“Tenga usted la bondad de transmitir al señor Ministro de la Guerra el siguiente parte:

“Co. Ministro de la Guerra:—Destruída una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, próxima a desplomarse otra, destruídos también los baluartes y cortinas de la referida fortaleza y cegados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga. Generales instruídos e inteligentes, lo mismo que los jefes encargados de la defensa de dicha fortaleza, me manifestaron que ya no era posible defender ésta con buen éxito, entre multitud de razones que había para ello, porque ya nuestra artillería no podía jugar, tanto porque las paralelas del enemigo donde tenía ocultas y apostadas sus columnas, estaban a distancia de treinta o cuarenta varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y aplanadas estaban convertidas en un montón de escombros; no obstante el respeto que me merece la opinión de aquellos generales; pasé personalmente a la referida fortaleza y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinión. En consecuencia, dispuse que toda la existencia de parque que había en los repuestos se trasladara a los almacenes del centro de la ciudad y que se sacara toda la artillería de sitio de plaza y de batalla con que estaba armado dicho fuerte, y resolviéndome al mismo tiempo a seguir defendiéndolo no ya con el carácter de una fortaleza, sino de unos cuantos palcos de terreno que quería disputarle de todas maneras al enemigo vendiéndolos bien caros en un caso desgraciado y así se lo manifesté a los defensores de dicho fuerte poco antes de que éste sufriera el asalto.

A las tres y media de la tarde del día de ayer hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte de San Javier, como lo había hecho los días anteriores, y dirigió a él todos sus fuegos de artillería. Poco después de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto fuertes columnas que resistieron en el

patio de la Penitenciaría dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto habían colocado en los flancos de la fortaleza, tenían que recorrer una extensión de quinientas y mil varas, cuando las francesas sólo tenían que andar treinta o cuarenta, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrían las paralelas. esto no obstante, el señor Coronel Don Carlos Zalazar, con el Batallón de Rifleros perteneciente a la División que manda el señor General Negrete, llegó por nuestra derecha hasta el foso de la referida fortaleza, otra columna que mandó desprender del Carmen el General Don Francisco Alatorre, de las fuerzas de Zacatecas y al mando del señor General Shilardi llegó atravesando la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago; tres batallones de Puebla también a pecho descubierto al mando de sus dignos jefes los señores Generales Negrete y Prieto reforzaban la línea de la derecha que manda el señor General Antillón: los batallones Reforma, Mixto de Querétaro y parte del de Rifleros al mando del Coronel Rioseco, defendían bizarramente las manzanas que circumbalan la retaguardia de San Javier, y otros tres batallones de Zacatecas al mando del señor Coronel Auza defendían otra de las manzanas citadas y los redientes de Morelos.

A todos esos jefes y a sus subordinados los vi serenos en medio de los fuegos, a unos a pecho descubierto y a otros en los puntos en que se les había encomendado esperar el empuje del enemigo invasor, más éste que no pudo o no quiso resistir nuestros fuegos y merced a la absoluta obscuridad que producía el humo, ocultó sus columnas en los fosos de sus paralelas y las otras en el centro del edificio de la Penitenciaría después de haber sido resistidos heroicamente por los defensores de ese punto.

No hemos perdido ni un solo cartucho ni una sola pieza de artillería, excepto dos de montaña que era necesario perder para causar algunos males al enemigo a la hora del asalto, pues como he dicho a usted, mandé desartillar el fuerte y vaciar sus puestos y almacenes.

En la función de armas perdimos seiscientos hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales y soldados de los que defendían San Javier, prisioneros y en poder del enemigo.

Sírvase usted manifestar al señor Presidente que nuestro

ejército no ha sufrido en lo más mínimo en su moral por la pérdida de San Javier porque ésta como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra y la exigió además la conveniencia de la defensa de la plaza. Como una prueba del primero de estos asertos puede usted manifestarle al mismo señor Presidente que hace treinta y dos horas después de la en que sufrió el asalto de San Javier que el enemigo no ha podido desalojar a nuestras tropas de las manzanas que circumbalan la retaguardia del referido fuerte ni aun de aquellas que se encuentran a doce a catorce varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construcción y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores a consecuencia de que todas tienen su frente a la campaña. Me he propuesto defender otras treinta horas las citadas manzanas para obligar al enemigo a que me las tome en columna cerrada y a que en el ataque sea rechazado y pierda en él mil o dos mil hombres, y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonará las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos esos escombros impidan a la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías una vez que el enemigo ocupa a San Javier.

En el supuesto de que aquél no me ataque las manzanas en los términos referidos, mi línea quedará establecida a la retaguardia de ellas cuya línea, así como las otras dos que están más hacia el centro de la ciudad está ya perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables.

El abandono de los redientes de Morelos lo motivará la circunstancia de que ni han sido ni serán atacados por el frente que ve a la campaña, sino por la gola que como usted sabe está sin fortificación y que sólo le sirve de apoyo las manzanas y plaza de toros que están frente a San Javier. Mas una vez que sea abandonado este punto, queda a descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea.

El enemigo no me ha atacado alguna otra de las fortalezas que se hallan en los suburbios de la ciudad.

Me han servido mucho como siempre los Generales Mendoza y Paz.

Sírvase usted dar cuenta con lo expuesto al señor Presidente de la República.—Ortega?

"Zaragoza, marzo 21 de 1863.

A las ocho de la noche.

Señor General Don Ignacio Comonfort.
Mi querido amigo y compañero:

Los Generales Don Antonio Carbajal y Don Aureliano Rivera con la brigada que mandan, saldrán dentro de una o dos horas de esta plaza rompiendo si es necesario la débil línea que tiene el ejército invasor frente a nuestra fortaleza. El objeto de la comisión que he dado a dichos Generales ellos mismos podrán manifestárselo a usted verbalmente. Le mando a usted una colección de los Boletines que se han publicado en esta plaza, faltando sólo el que se publicará dentro de algunas horas y que tendrá algún interés por referirse en él a los sucesos que han tenido lugar la tarde de hoy, En unas cuantas líneas se los referiré.

El enemigo no ha hecho obras de zapa para colocar sus baterías hasta la tarde de hoy, que comenzó una obra frente a Totomihuacán y a mucha distancia de la plaza; pero poco después de haber comenzado sus trabajos el enemigo, la fortaleza de Ingenieros desbarató con sus tiros de cañón la columna que los apoyaba, teniendo que hacer fuego en seguida sobre solo los trabajadores. A la misma hora que esto pasaba por Ingenieros, la fortaleza de Guadalupe, Loreto y Santa Anita, o sea 5 de Mayo y D mócrata, rompían también sus fuegos de cañón sobre la línea que el enemigo había formado por un camino de carros que traía de Amaluca para el Cerro de San Juan. Esto produjo una grande alarma en todo el campamento enemigo, el que se puso en el acto listo y sobre las armas.

La última de las mencionadas fortalezas hizo con tanto acierto sus tiros, que una columna que se dirigía hacia ella como para amagarla a una gran distancia, la desbarató a los diez o doce tiros, haciéndole algunos muertos. El enemigo tuvo que diseminar la columna en guerrillas y tiradores y hacer que echaran pecho a tierra para proteger la pasada del convoy.

El campamento de Amaluca lo están pasando para la línea del Cerro de San Juan, en cuyo punto, como lo he dicho a usted, están haciendo los invasores la reconstrucción de su fuerza.

Le suplico a usted le trasmita al señor Ministro de la Gue-

rra el contenido de esta carta; que va escrita de mi puño y letra como la anterior, para que usted no dude de su autenticidad. Diariamente le he escrito una carta, dígame usted si las ha recibido.

La confianza y la moral del Ejército que defiende la plaza no pueden ser mejores.

Continúan los trabajos de fortificación sin descanso. Todos los Generales encargados de las líneas interiores y perímetro interior, así como los encargados de las reservas, como son los Generales Negrete y Prieto, trabajan de día y noche.

El perímetro interior de la ciudad va cerrándose con una fuerte muralla hacia la campaña.

Mañana le volverá a escribir su amigo y compañero que lo aprecia.—J. G. Ortega",

"Zaragoza, marzo 31 de 1863.

Señor General Ignacio Comonfort.

Mi querido amigo y compañero:

Sería muy oportuno para el buen éxito de nuestra causa y para facilitar mis operaciones que usted haciendo un movimiento abandonase ese rumbo del camino de México y viniera a situarse con sus fuerzas por Santa Inés Zacatelco a retaguardia de los campamentos que tiene el enemigo al norte de esta plaza y comunicándome usted oportunamente su combinación, haría yo salir de esta plaza una columna con lo que conseguiríamos una de dos cosas: o derrotar la fuerza que está en uno de esos campamentos o hacer que estos se reconcentrasen en uno y poder entonces hacer introducciones de víveres, de los cuales estoy ya sumamente escaso y necesito hacerlos venir a toda costa, pues de esto depende la resistencia,

Ayer cuando observé que usted avanzaba sobre el puente, hice salir una columna de las tres armas, mandada por el compañero Berriozábal y con dirección al rancho de Santa María y con instrucciones necesarias para retirarse de cierta altura y a una hora determinada, dicha columna avanzó para el citado punto en donde hizo algún fuego de artillería y se retiró al oscurecer, pero esto fué bastante para introducir una grande alarma

entre el enemigo y hacerlo poner en movimiento en todos sus campamentos y me indica que lo que le propongo al principio de ésta nos dará el resultado que deseamos.

En cualquiera día que yo vea o tenga noticia que se desprende del enemigo alguna fuerte columna sobre usted, inmediatamente yo desprenderé otra sobre él, pues estoy en constante observación.

Contésteme y reciba un abrazo de su amigo que mucho lo quiere.—J. G. Ortega.

Ao.—Se me han acabado los víveres y el dinero. Los pocos que estoy comprando de los primeros es a peso de oro. No se sabe ni quién tiene dinero ni dónde viven los comerciantes, pues el bombardeo lo ha trastornado todo. No crea usted que por esto desespero de la situación. A la fortuna habiendo constancia, se le arranca por bien o a fuerza una sonrisa. Dígale usted esto al señor Presidente reservadamente; dígale también que voy a comenzar a matar mulas.—Ortega.

XXXI

PRIMERA EVASION DE PUEBLA DEL 19 AL 23 DE MAYO DE 1863

Como al rehusarme a firmar el acta manifesté por escrito que no podía hacerlo porque tenía deberes que cumplir, incompatibles con el compromiso que el acta entrañaba, me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones para tenernos perfectamente seguros, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos en donde dormíamos. Así, pues, el 21 de mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, me quité mi uniforme a todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos y para arreglarles algunos negocios.

Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera empujando en un plaid, cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían aunque fueran paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero encontré que el Comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galindo, del 3o. de zuavos que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra sino